

Marés: ¡Vas a regresar!

La noche del sábado 30 de agosto, Marés González quiso que viviéramos una experiencia teatral macabra.

Nuestra amada Marés nos quiso dejar. Pero eso, no va a ser posible. ¡No podemos abandonar este mito viviente que ha estado entre nosotros, y que nos pertenece!, porque nosotros lo hemos creado, aunque, desde luego, con la siempre risueña colaboración de Marés. Si bien es cierto que ella aportó mucho en la creación de su fabulosa imagen, también hemos colaborado los que atraídos por esta adorable diva, nos erigimos en una especie de corte. Toda reina que se precie, tiene corte. Isabel la Católica de *La comedia española*, o María Estuardo de la obra homónima, la tuvieron. En una ocasión, estábamos presentando *Última edición*, de Jorge Marchant, y le pedí a ella que reemplazara a una actriz que no podía continuar la temporada. Marés, que reclamaba por todo, pero que nunca dejaba su encanto amistoso y sonriente, encontró que la escenografía era muy chica, que el escritorio de la directora que tenía que representar, era incómodo, que el asiento era duro, pero de pronto, se dio cuenta de que estaba reclamando absolutamente por todo, y lanzando una gran carcajada, me dice: “es que estoy realmente muy preocupada porque con esta estrechez, no sé dónde voy a poner la corona”. Tan acostumbrados estábamos de verla con corona y trajes de época, que cuando trabajó en el teatro La Comedia en una pieza moderna, resultó muy extraño y casi escandaloso ver en un escenario las piernas desnudas de Marés González.

Las anécdotas de Marés son infinitas. Una lleva a la otra y ésta a la siguiente. Estar con ella era entrar a un mundo entretenido, distinto, poético e insólito. El mundo que ella compartía con sus pocos íntimos, estaba pleno de luz, música y color, habitado por personajes que iban desde los vendedores callejeros que veíamos en el día,



La actriz Marés González. Retrato: René Combeau. Archivo Teatro UC.

hasta los habitantes de otros planetas. Nos decía que a las visitas espaciales no había que temerles, porque eran nuestros amigos que venían a cuidarnos. “Son bajitos, azules, pacíficos y traviesos”. Hablaba de ellos, y de muchos otros, como si hubiera estado recién con estos amigos. Pero también hablaba de otros amigos, bastante más corpóreos, como Gilbert Beaud o Edith Piaf, con quienes solíamos cantar, mientras mirábamos cocinar a Marés. Ver cocinar a Marés era un espectáculo pleno de sensibilidad aromática y sabrosa. Ella se sabía buena cocinera y lo lucía. Afirmaba que la cocina y el escenario tenían mucho en común. “Para actuar bien hay que saber cocinar”, decía. Por molestarla, una vez me atreví a decir que yo encontraba mejor a otra actriz. Esta afirmación le provocó una risa cómicamente diabólica, seguida de un “¡cómo va a actuar bien, si no sabe cocinar!”.

Marés, indudablemente era una actriz distinta. Era paradoja y antítesis en muchos aspectos. No correspon-

día al paradigma del deber ser. Con todo su talento a cuestas, era una especie de antiactriz. Hay pocas fotos de ella, exceptuando las estrictamente promocionales de las obras. No le gustaba fotografiarse, no le gustaba ir a la peluquería, ni mucho menos teñirse el pelo. No le gustaba comprarse vestidos, ni tampoco zapatos. Encargaba que le compraran los mocasines de siempre. Ciertamente no era elegante. Sin embargo, ella podía serlo. Porque su condición de actriz le permitía asumir en género y estilo los vestuarios de cada obra que hacía.

Los adioses de Marés fueron varios. Sus míticas incursiones por el mundo la llevaron muy lejos. Muchas veces, como nos decía en sus cartas: sólo acompañada de su guitarra. Sus maletas, al revés de otros viajeros, iban disminuyendo para llegar a contener lo esencial: lápiz y papel para la correspondencia con sus amigos. En estas emocionantes e inolvidables misivas nos informaba sobre cómo estaba la cosecha del aceite en Grecia o del azúcar en Cuba, o de aquel memorable día en que asistió al Olimpia de París, a un recital de Edith Piaf: “es bajita y delgada, usa un sencillo traje dos piezas, negro”.

La primera aparición de Marés González en la compañía de la Universidad de Chile, fue en el Teatro Municipal en 1952, como ‘pueblo’ entre el centenar de intérpretes de *Fuenteovejuna*. En el programa de mano no aparece con el nombre que la haría famosa, sino como Inés González. Pero en 1953, María Inés González Castro, siendo alumna de segundo año de la Escuela de Teatro, aparece ya con su nombre definitivo: Marés González.

El 11 de noviembre de 1954 se inaugura el Teatro Antonio Varas. Al día siguiente, se estrena *Noche de Reyes* de Shakespeare, en la versión de León Felipe. Fue un gran éxito para el Teatro de la Universidad de Chile (32.253 espectadores en 87 representaciones). Allí nacen dos grandes estrellas del teatro chileno: Marés González y Alicia Quiroga, que se alternan en los roles de Viola y Cesáreo, los hermanos gemelos.

Algunos de los éxitos más reconocidos de Marés González, posteriores a *Noche de Reyes*, son:

En 1956, ‘Isabel’, hija de Pedro Crespo, en *El Alcalde de Zalamea*. Aquí Marés alcanza definitivamente el rango de gran actriz. Memorable fue el conocido monólogo con el que se inicia la Jornada Tercera:

*Nunca amanezca a mis ojos
la luz hermosa del día,
porque a su sombra no tenga
vergüenza yo de mí misma...*

En ese mismo año, Marés creó *Hedda Gabler*. Para mí, desconocedor del texto de Ibsen, este rigurosamente stanislavskiano montaje de Agustín Siré me resultó un tanto lento, pero también un sorpresivo puzzle. La Hedda de Marés González era realmente una mujer polifacética. Era irónica y sensual, con un histrionismo que la llevaba a ser también mentirosamente tierna y dulce. Lograba ser terriblemente convincente en la persuasión al suicidio de Eilert Lövborg, interpretado magistralmente por Héctor Duvauchelle. Ciertamente Hedda le otorgaba a Marés la oportunidad de dar vida a un pobre ser humano que, por aburrimiento y soberbia, se encontraba absolutamente incapacitado para vivir el dolor del fracaso.

Marés González en *La ópera de los tres centavos*, de Bertold Brecht. Dirección: Eugenio Guzmán y Teresa Orrego. ITUCH, 1959. Foto: René Combeau. Archivo Teatro UC.



En 1957 conocimos su ‘Leonor Solar Echeverría’, de *Mama Rosa*, de Fernando Debesa. Era difícil que una actuación destacara por sobre otras en esta producción dirigida por Agustín Siré. Era un elenco de talento mayoritariamente alto y homogéneo. El escenario del Teatro Antonio Varas sin duda que era una constelación, en que se destacaban fundamentalmente las actrices. Es indudable que, para muchos espectadores, quedó permanente la imagen de Leonor, casi al mismo nivel de la entrañable e inolvidable Mama Rosa de Bélgica Castro. Esta Leonor estructurada por Fernando Debesa reúne todas las características necesarias para hacer de ella una maqueta estereotipada. Marés le otorgó a Leonor, la humanidad de un carácter. Una vez más nos emocionaba al crear un personaje de emotiva y sobria sencillez.

En 1959 nos entregó ‘Jenny’, de *La ópera de tres centavos*. Según Marés, el talentoso director Eugenio Guzmán opinaba que Jenny, por ser prostituta, debería tener un cuerpo de formas exuberantes. Sin embargo, Marés González puso su muy delgada figura al servicio de Jenny. El atractivo de su Jenny no eran las curvas, sino la irónica y sarcástica opinión que ella sustentaba frente a situaciones sociales serias que, paradójicamente, se tornaban risueñas.

El dramaturgo Luis Rivano, en su famosa novela *Esto no es el paraíso*, narra una función de *La ópera de tres centavos*, a la que asiste el carabinero Víctor Hidalgo con una joven acompañante. En uno de los intermedios, él nos da a conocer el comentario de una elegante espectadora:

–“¿Qué te pareció la Marés González, oye? ¿De dónde habrá sacado ese vozarrón para cantar *El velero escarlata*?”.

En efecto, este era un momento esperado por todos los espectadores. El *sprechgesang* interpretado por Marés en *El velero...*, tenía todo tipo de recursos que iban desde la desprevenida información en un crescendo, hasta culminar con trágicas connotaciones vocales, al narrar la venganza final.

A Marés le gustaba mucho cantar. Sus humoradas líricas iban desde el *Ámame Alfredo*, de *La Traviata*, al dúo de Julián y Señá Rita de *La verbena de la paloma*, o a la *Mazurca de las sombrillas*, que solíamos cantar en nuestras informales reuniones sociales.

Pese a su pasión, Marés González era también una actriz bastante racional. Ciertamente, no era una actriz lacrimógena. Era muy divertido escucharle contestar, cuando uno le preguntaba “¿Cómo no lloras, si eres tan buena actriz?” (todo el teatro creía que estaba llorando), ella, con ese singular sentido del humor, contestaba: “¿Llorar, yo?”, y aludiendo al público, lanzaba su famosa sentencia: “¡Que lloren ellos!”.

En 1963 interpreta a ‘Grouche’, la protagonista de *El círculo de tiza caucasiano* de Bertolt Brecht, dirigida por el maestro uruguayo Atahualpa Del Cioppo. Fue

Marés González en *Hedda Gabler*, de Henrik Ibsen. Dirección: Agustín Siré. Teatro Experimental de la Universidad de Chile, 1956. Foto: René Combeau. Archivo Teatro UC..





Ana González, Marés González y Raúl Osorio en trabajo de mesa para *María Estuardo*, de Friedrich Schiller. Dirección: Raúl Osorio. TEUC, 1980. Foto: Samuel Mena Orell. Archivo Teatro UC.

un momento inolvidable, tanto para su carrera como para el Teatro de la Universidad de Chile. Una vez más enfocó este rol con su habitual sencillez y humanidad, pero también, al revés de lo que quisieran los especialistas brechtianos, otorgó a esta 'madre' una naturaleza humana tal, que provocaba en el público una empatía no buscada. Sin embargo, el emocionado público no quedaba exento de un proceso dialéctico que lo llevaba a concluir que los autos debían ser para los buenos conductores..., tanto como...

*los hijos para las buenas madres,
y la tierra para el que la trabaja.*

Una vez más, Marés ponía su arte al servicio de la labor política y social, que como artista ella siempre postuló.

En 1965 se estrena *Santa Juana* de George Bernard Shaw. Esta santa heroína le permite, según mi opinión, completar la extraordinaria trinidad interpretativa que cumplió en el Teatro de la Universidad de Chile. En efecto, 'Santa Juana', junto con 'Jenny' y 'Grouche', son

tres momentos en que el arte de la actriz es recibido por el espectador como una magnífica oportunidad para integrarse al placer del teatro. Su Santa Juana era de una ternura y pasión tan vertiginosamente justiciera, que envolvía al público llevándolo a reacciones propias de una tragedia.

Querida Marés, nos negamos a pensar que tú, que tienes más luz que todos nosotros, pretendas dejarnos. Sabemos que tienes derecho a descansar, y te lo vamos a permitir, pero con la condición de que pronto aparezca por acá una extraña niña que nos recuerde a nuestra amada Marés. Una niña que actúe muy bien, que cante muy bien, que cocine, borde, cosa, que pinte, que dibuje con tinta china las portadas de los libros del teatro clásico, y que ilumine a todos los que la van rodear con su contagiosa alegría y con la certeza de que el anhelado día llegará pronto. El día en que el Hombre logre construir el destino que merece.

Fernando González Mardones
Profesor Emérito. Universidad de Chile